

Una misión de compasión Entrada desde la perspectiva de la Fe La iglesia es misionera.

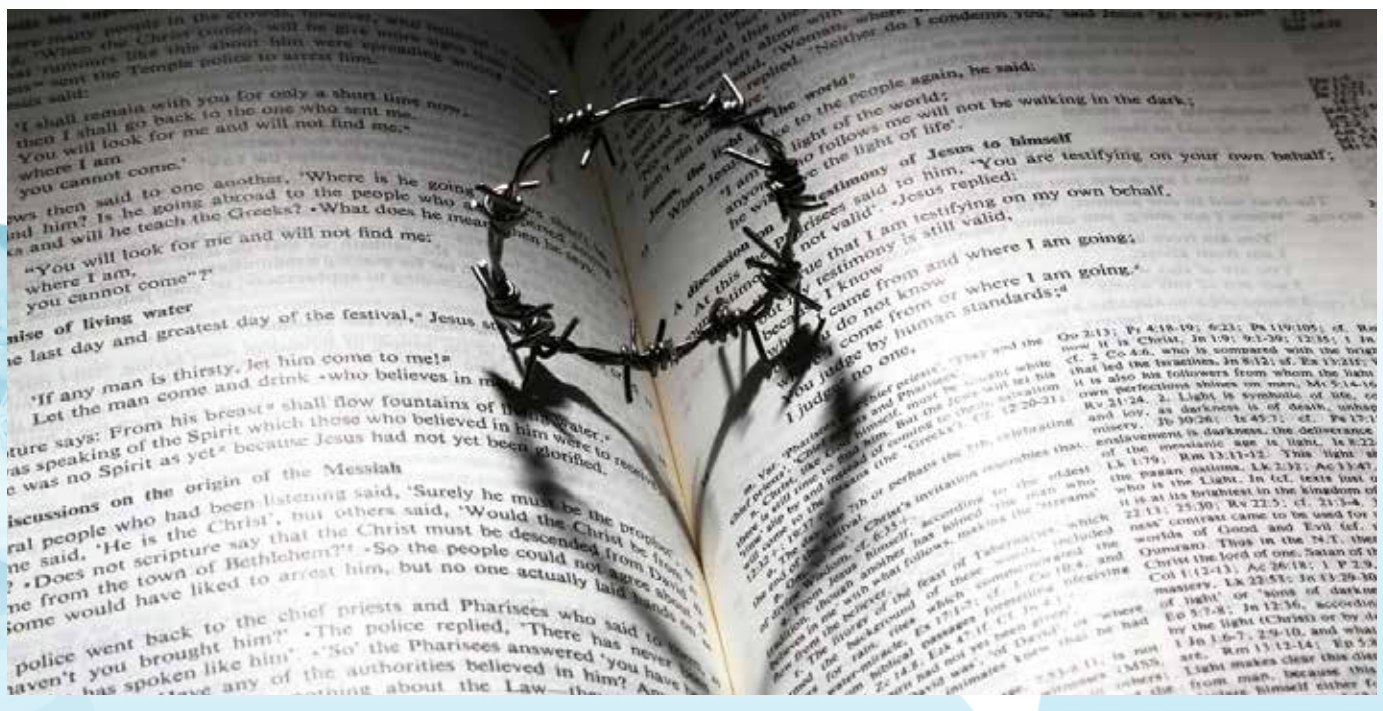
La idea y la experiencia de misión nos abre a la exploración y precisión de algunas preguntas: ¿De qué misión se trata? ¿Quién la envía? ¿De qué modo? ¿A quiénes? Y parece conveniente al inicio de este buceo en el extenso mundo de la misión detenernos en algunas palabras del Papa Francisco en Evangelii Gaudium, que nos pueden iluminar el tema:

“La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado” (Evangelio de Mateo cap. 28, 19-20). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra y la presencia del Reino sea.

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Libro del Génesis cap. 12, 1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: “Ve, yo te envío” (Libro del Éxodo cap. 3, 10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Libro del Éxodo cap. 3,17). A

Jeremías le dijo: “Adondequiera que yo te envíe irás” (Libro del Profeta Jeremías cap. 1,7). Hoy en este “id” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan luz del Evangelio” (Papa Francisco Evangelii Gaudium nº 19 y 20).

Decimos que la Iglesia es misionera, que su esencia es la misión, la salida y el éxodo. No hay Iglesia para sí misma, ni para sostenerse a sí misma sino Iglesia por y para los demás. La Iglesia como comunidad de creyentes no es la sumatoria de los que han creído en Jesús por su propia cuenta y que se reúnen para sí mismos, sino que la Iglesia es una realidad que procede de Jesús, es algo previo a los creyentes que acoge y alberga en su seno a cada una de las personas que forman parte de ella por su fe en Jesucristo. La fe de cada uno de los que forman parte de la Iglesia es plena y perfectamente posible sólo en comunidad, en esa santa comunidad que procede de Jesucristo sostenida por su Espíritu.



La Iglesia, ese cuerpo místico de Cristo, su esposa, no debería ser una Iglesia que le importe ella misma y su subsistencia, sino una Iglesia de los hombres y mujeres y para los hombres y mujeres. Es deber de la Iglesia ser para los hombres y no para sí misma. Por eso es que en ese ser para los demás debe forjar testigos que, como signos para todos, pongan de manifiesto la gracia de Dios que actúa en todas partes del mundo. Por tanto, la "eclesialidad" en la Iglesia ha de significar que todos los hombres y mujeres de Iglesia sirvan a todos sin excepción. Pues la Iglesia es para servir. El corazón de la Iglesia es la oración y de la oración y el encuentro con el Resucitado emerge el servicio. Por tanto servir está en el corazón de la misión. "Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud" (Evangelio de Marcos cap. 10,45). Servir a los pobres, ancianos, enfermos, excluidos, marginados de la sociedad; a todos los que no tienen poder y no pueden aportar ni poder, ni fama, ni éxito ni pagar por su servicio. La Iglesia, y decimos así, los hombres y mujeres que forman parte de ella deben luchar por la justicia, la libertad y la dignidad humanas aunque eso los perjudique.

Misión por tanto es salvaguarda de lo humano, del hombre en toda su unidad, espíritu corporal y cuerpo espiritual; salvaguarda del hombre que es también misterio, del hombre de la eternidad y de la finitud.

Si la Iglesia procede de Jesús, también de Él proceden la misión y el envío. Jesucristo envía a su misión de compasión. Pues Él es el enviado del Padre y nosotros somos enviados en Él, por Él y como Él. Y somos enviados porque el mismo Jesucristo ha querido contar con nosotros para llevar adelante la misión que el Padre le ha encomendado. Él nos ha enviado. Jesús es envío del Padre, pues Él es el Reino, el corazón del mundo que habita todo lo creado. Y también es enviado, la segunda persona enviada desde toda la eternidad a "hacer redención". Y así, como todo lo que existe, existe por Él y en Él, así nuestra misión y nuestro envío existen por el Hijo, en el Hijo y proceden del Hijo. Con la ofrenda de nuestras vidas nos hacemos hijos con el Hijo y compartimos su misión.

En definitiva, la misión de compasión por el mundo es la misión de Jesús, la que el Padre le encomienda y a la que Él nos llama y nos hace sus colaboradores.

¿Y qué es una misión de compasión?

Una misión de perfecta y plena entrega a todo lo creado, en la medida del propio límite y posibilidad. Y el modelo de entrega es el propio Dios. Dios que sin dejar de ser Dios puede darse al mundo en la encarnación del Hijo, en la salida de sí mismo como Ágape, constituyendo la verdad, la realidad y la posibilidad fundamental de Dios.

Dicho en otras palabras, la esencia de Dios es esa entrega perfecta, esa salida de sí. El Padre en la salida plena y entrega perfecta de Amor engendra al Hijo e inspira al Espíritu Santo. En su esencia de entrega, de Amor perfecto, Dios no puede otra cosa más que amar. Y en ese "amar y entregarse" sirve, nos sirve, se hace nuestro servidor.

El amor perfecto de Dios es oblativo, entregado, salido de sí mismo, tan perfecto amor que crea lo que ama. Y así como el Hijo es engendrado en el Amor del Padre, todo lo que existe es creado en el Hijo, con la vida del Hijo, participando del Hijo. Y como el Padre ama a su Hijo engendrado ama a todo lo que ha creado por el Hijo, porque ama al Hijo.

¡Todo este laberinto para atisbar el misterio! Intentar poner en palabras, que no podrán expresar en toda su extensión la exuberancia del Amor de Dios que al engendrar al Hijo lo envía a su misión de amor, de misericordia, de compasión para “hacer redención del género humano”, en la eterna encarnación del Verbo en la que se hace presente el Dios Trinidad.

A esa misma misión somos llamados, y unidos por Jesucristo, como colaboradores de su misión de amor. En ella, será nuestra vida la que complete la acción de Jesucristo en el mundo, la que cristalice el amor de Dios en gestos concretos, la que llegue a todas las periferias existenciales, restaurando vidas, siendo testigos de la gracia de Dios presente en todos los rincones de la creación.

Jesús nos llama a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, para que unidos a Él colaboremos con su misión de compasión, ayudando a llevar a plenitud el Reino que ya está entre nosotros, que es, ya pero que todavía no.

